



Pintando flores

La aparición de las flores como tema autónomo en la pintura, se produjo a finales del siglo XVI y obtuvo su máximo apogeo durante los dos siglos siguientes. Sus orígenes están inseparablemente unidos a la aparición de la llamada naturaleza muerta como género independiente. Diversos artistas europeos, con distintos planteamientos e intereses como Caravaggio en Italia, Sánchez Cotán en España y Jan Bruegel en Flandes, iniciaron casi simultáneamente un recorrido común que se convertiría en uno de los fenómenos más singulares de la cultura europea y del mercado internacional del arte

El protagonismo indiscutible que las plantas ornamentales adquieren en este tipo de pinturas, no puede desligarse del creciente interés por la botánica y las ciencias naturales que experimentó Europa desde comienzos del siglo XVI. Las expediciones científicas aportaron descubrimientos de nuevas especies vegetales de Asia, África y América, favoreciendo la introducción y difusión de plantas exóticas en nuestro continente. Los jardines europeos incrementaron de manera espectacular el número y variedad de especies cultivadas, gracias a la afluencia de plantas americanas y a la importación de flores procedentes de Asia Menor y la Península Balcánica. Entre ellas podemos citar el girasol (*Helianthus annuus*), los tagetes (*Tagetes erecta* y *T. patula*), la flor de la pasión (*Passiflora caerulea*), el jacinto (*Hyacinthus orientalis*), el cyclamen (*Cyclamen persicum*), y los tulipanes (*Tulipa gesneriana*). Todas ellas son tan comunes y habituales para nosotros, que resulta difícil imaginar el entusiasmo que despertaron en la época.

El caso de los tulipanes es uno de los más representativos. Introducido en la corte de Fernando de Habsburgo desde los jardines de Constantinopla, la forma, el tamaño y la enorme variedad de sus flores, lo convirtieron rápidamente en objeto de estudio y experimentación. En la Holanda del siglo XVII, esta fascinación dio lugar a una especie de locura colectiva por conseguir los ejemplares más bellos, raros y caros. Este fenómeno, conocido como "Tulipomanía", llegó a poner en peligro la economía del país, porque la gran demanda de flores y bulbos y la codicia de los coleccionistas que los convirtieron en objetos de lujo, provocaron una especulación a gran escala.

Este proceso no fue ajeno a los artistas europeos, que fueron incorporando al repertorio tradicional de plantas ornamentales, la espectacularidad de todas estas flores exóticas para que su efímera belleza fuera inmortalizada en sus lienzos.

Mas allá de las variaciones formales desarrolladas



por las distintas escuelas o movimientos artísticos, la corrección botánica y el virtuosismo técnico caracterizaron durante siglos las mejores composiciones de flores en Europa. Por el interés que nos ocupa, conviene destacar la importancia de la correcta identificación de las especies vegetales representadas. Una labor ardua y compleja que requiere unos conocimientos históricos y científicos, aparte de los propiamente botánicos. Resulta

imprescindible consultar los textos de la época para evitar el error de confundir especies que actualmente se conocen en jardinería con aquellas que realmente se cultivaban durante los siglos XVI y XVII. Sabemos que a comienzos del siglo XIX, muchas variedades antiguas cayeron en desuso para dar paso a las novedades que llegaban de los territorios conquistados. Algunas especies se pusieron rápidamente de moda, en parte porque eran menos sensibles a plagas y enfermedades. Como ejemplo podemos mencionar al *Viburnum opulus*, uno de los principales arbustos que adornaban los jardines barrocos y que con más frecuencia se representaba en los cuadros de flores.

Pues bien, en muchos casos se identificó erróneamente con la hortensia (*Hydrangea hortensia*) al ignorar que éstas últimas, procedentes de Japón, no fueron introducidas en los jardines europeos hasta finales del siglo XVIII.

La identificación botánica puede ayudar también a reconstruir el método de trabajo de aquellos artistas especializados. A pesar de la fidelidad botánica que caracteriza a los pintores de flores, no podemos olvidar que el objetivo principal de sus obras no era reproducir una imagen exacta de la naturaleza, sino crear una obra bella en la que solía primar el carácter decorativo. Para conseguir este objetivo solían modificar algunos aspectos morfológicos como el tamaño o el color de ciertas flores, buscando la simetría de la composición ó la armonía cromática. Otra característica frecuente es la presencia excesiva de plantas en relación con el tamaño del jarrón ó contenedor. Sin embargo, lo que más claramente demuestra la manipulación del artista en su estudio, es la representación conjunta de especies que florecen en distinta época del año. Algunos artistas como Jan Bruegel utilizaban flores frescas que pintaban del natural y que después añadían al cuadro a medida que avanzaba la temporada

Nota: Extracto y traducción del texto: "La inmortalidad de lo efímero: Los secretos de la pintura de flores", de María José López Terrada. N° 47 de la revista Método.

el semanal

de **Horticultura**

revista digital **gratuita** para imprimir

Descargar 
Imprimir 
Leer 



 Información **actualizada** sobre la **industria y el comercio hortícola**: frutas, hortalizas, flores y plantas de vivero, el sector de la bricojardinería, construcción del paisaje y urbanismo.

 Para recibir aviso de publicación www.horticom.com/elsemanal